

ro, recogiendo un botín capaz de sobrepujar la más avara esperanza.

De esta manera fué como la perfidia y la audacia, ayudadas de la superioridad de las armas, entregaron un poderoso imperio al poder de un aventurero, cuyo total de fuerza consistía en ciento sesenta hombres y tres cañones. No perdió más que un soldado en la matanza de cuatro mil indígenas. Cuando sus enviados fueron á explorar el reino, donde por todas partes fueron bien acogidos, en ejecución de las órdenes que Atabalipa era forzado á dar, encontraron á Huascar, que le dijo declarasen á Pizarro que su hermano no podía darles bastante oro para satisfacerles sin despojar los templos, pero que él se comprometía, si querían darle la libertad, á procurarles tanto como quisiesen de los tesoros de su padre que había ocultado.

Informado Atabalipa de aquella oferta, le envió á degollar; conociendo despues que la única pasión de los españoles era la sed de oro, les prometió, si le devolvían la libertad, llenar de él la sala donde estaban hasta donde alcanzase su mano, y esta sala tenía veinte y dos pies de largo y diez y seis de ancho. Dedicáronse entonces á llevar montones de oro; y ya había sobre sesenta y cinco millones, cuando los conquistadores, no pudiendo ya contenerse, se arrojaron sobre aquella enorme presa y se la dividieron. Cada jinete recibió doscientas mil libras, cada infante un quinto. Considerando entonces muchos de ellos que ya habían ganado bastante, pidieron volver á su patria, y Pizarro los dejó ir á condicion que divulgarían el hecho. Desde este momento todo empezó á encarecer extremadamente en Europa.

Aquellos felices bandidos no por esto devolvieron la libertad á Atabalipa. Cuéntase que el arte de la escritura causó sobre todo gran sorpresa al cautivo, y que habiendo hecho escribir en su uña el nombre de Dios, le enseñó á varios soldados que todos lo leyeron del mismo modo. Sólo Pizarro no pudo hacerlo enteramente, ignorante como era. Como Atabalipa manifestó desprecio hácia él, el jefe español juró vengarse, y cuando vió que ya no tenía nada que sacarle, pensó en quitarle la vida. Parece que aquellos hombres de sangre y rapiña quisieron entonces parodiarse los tribunales

de Europa, tanto más inicuos comunmente, cuanto mejor ordenados estaban. Entablaron un procedimiento contra el desgraciado Inca y le condenaron á ser quemado vivo; pero se contentaron con estrangularle cuando consintió recibir el bautismo. La corte de España, que había perseguido al magnánimo Colón, ensalzó hasta las nubes á Pizarro, que le envió en oro triunfantes justificaciones, y añadió sesenta leguas de costas al territorio que se le había concedido.

Sin embargo, Pizarro había conseguido despues de varios combates y con ayuda de perfidias, apoderarse de Cuzco, la capital de los Incas. Esta ciudad está situada en la cima de una montaña; sus largas calles están todas cortadas en ángulo recto, dos ríos con magníficos muelles corren por ambos lados y está defendida con obras muy fuertes. La ciudadela estaba construida de enormes pedruzcos irregulares, rodeábala una triple muralla, y la puerta estaba cerrada con una piedra desmesuradamente grande. El castillejo llamado Torre Redonda, que recibía á los Incas cuando iban á la plaza, era de extremada magnificencia, y las murallas, cubiertas de hojas de oro y plata, ofrecían representaciones de animales y plantas.

Aquellos monarcas habían obligado á una parte de sus salvajes súbditos á ir á establecerse en aquel punto, construyendo en los arrabales habitaciones en relacion con los países de donde procedían; los orientales al Oriente, los meridionales al Mediodía, y así sucesivamente. A medida que se extendía el imperio, nuevos súbditos iban á añadirse á los precedentes en posiciones que coincidiesen con la geografía de su país natal, todos con sus trajes y usos de vivir, de manera que se podía ver allí como un compendio de aquel extenso imperio.

La magnificencia del templo del Sol era superior á todo lo que es posible imaginar. Las paredes estaban revestidas de planchas de oro; veíase en el altar principal la figura del Sol, sobre una plancha doble gruesa que las demás, y extendiéndose desde una pared á otra. En ambas partes estaban colocados los cadáveres embalsamados de los Incas, sentados en tronos de oro, por órden de fechas. Las diferentes puertas del templo eran de oro, y desde allí se en-

traba en un claustro de cuatro frentes, sobre el cual había, como también sobre el templo, una guirnalda de oro de un metro de ancho. En su rededor había cinco pabellones cuadrados, terminados en pirámides. Uno de ellos, dedicado á la luna, mujer del sol, todo de plata, recibía los restos de las reinas; otro consagrado á Venus, á las playades y á las demás estrellas; un tercero al trueno, al relámpago y al rayo; el cuarto al arco iris; el último estaba reservado al gran sacrificador y á los sacerdotes elegidos en la familia del Inca, que daba audiencia allí y deliberaba sobre las cosas del culto.

De Cuzco partían los dos caminos de que hemos hablado, y que se prolongaban hasta Quito en una extensión de quinientas leguas; el uno en una llanura á lo largo del mar; el otro por las montañas donde los valles habían sido terraplenados, las rocas niveladas y construidose de distancia en distancia hospicios, templos y fuertes se habían también dispuesto en situaciones convenientes; elevadas plataformas, donde podían subir los que llevaban al emperador, con el objeto de que pudiese gozar allí de una perspectiva admirable.

Despues del asesinato de Huascar, Manco-Capac que debía sucederle, se resignó á sufrir el vasallaje de los españoles para ser reconocido emperador; y sugirió la obediencia á sus súbditos, que eran inclinados á ella por la tranquilidad de su natural; así es que fué escuchado fácilmente.

Habiendo ido á España Fernando, hermano de Francisco Pizarro, para justificar la conquista, había prometido á Carlos V una enorme suma en cambio de los favores concedidos á su hermano. Pero este conquistador halló extraño que despues de una expedición verificada por sus consejos, á su costa y riesgo, no bastase lo que había enviado, que fuese preciso para saciar á un emperador remoto y á ociosos certezanos, entregarles riquezas destinadas, tanto á indemnizarle á él como á sus soldados, y á fundar ciudades y colonias. Fernando, por no faltar á su promesa, hizo que el Inca hiciese un considerable regalo á la España; medio cierto, le decía, de recobrar sus títulos y obtener seguridad. Siguióse el consejo, pero sin resultado.

En efecto, los nuevamente llegados no tar-

daron en entregar el país al saqueo. «Primero, dice Gomara, arrancaron la plata de las paredes de los templos, violaron los sepulcros para, coger los vasos de oro y plata que encerraban, robaron á los ídolos, saquearon las casas, las fortalezas donde los Incas habían reunido inmensos tesoros, y encontraron en Cuzco más oro y plata que lo que había producido el rescate de Atabalipa. Un español descubrió en un subterráneo un sepulcro de plata pura, de un valor inapreciable; aún se encontraron otros más, teniendo los peruanos ricos la costumbre de hacerse enterrar como los ídolos. Pero aún no estaban satisfechos los españoles, y cuantas más riquezas descubrían, más sed de ellas tenían. Aspiraban sobre todo á apoderarse de los tesoros de Huascar y de los demás príncipes del Cuzco; pero fué en vano, á pesar de todo lo que atormentaron á los indios.»

Luca había muerto antes de recoger los frutos de la empresa; Almagro, cuyos consejos respiraban siempre ferocidad, se dispuso á conquistar la costa que se le había designado por la corte de España, es decir, Chile. Mucho tuvo que sufrir en el camino á través de las montañas, de la crudeza de un clima rigoroso; hombres y caballos perecieron de frío. Encontró despues hácia el Mediodía salvajes robustos y feroces, que vestidos de pieles de focas y lobos marinos, oponían una vigorosa resistencia, y volvían á la carga despues de haber sido batidos.

El emperador había asignado á Pizarro la *Castilla de Oro* hasta la línea, y á Almagro doscientas leguas más allá, bajo el nombre de reino de Toledo. Cuzco se encontraba entre estos dos territorios, y resultó de ello que los dos conquistadores comenzaron á disputarsele. Despues de haber reducido prontamente Chile á la obediencia, haciéndose pasar por enviado de los Incas, Almagro volvió apresuradamente por la playa, donde sufrió un calor excesivo, contrario á lo que había experimentado en el otro camino. Encontró á su llegada á los peruanos insurreccionados por todas partes contra sus opresores, que tarde habían aprendido á conocer; y parecía llegado el momento en que el número podría, en fin, obtener venganza de aquellos avaros salteadores. Animados por Manco-Capac, se habían apoderado de la mitad de

la ciudad, mientras que Pizarro, sitiado hacia nueve meses, se defendía en la otra á la cabeza de un puñado de valientes. Habiendo hecho huir Almagro, ó engañado á los naturales, consiguió hacer á su rival prisionero, y se hizo dueño de la rica ciudad. Pero los vencidos pudieron consolarse de sus males, viendo á los conquistadores desenvainar el acero unos contra otros. Achacoso Almagro por la edad, quedó vencido (1538), y prisionero á su vez, fué condenado á la horca. Espantado con la ignominiosa muerte que le aguardaba, él, que tanto la había desafiado en el campo de batalla, se deshonró implorando la piedad de Pizarro, que, como él, no había conocido jamás este sentimiento. Sólo se encontró á un desgraciado negro para tributarle los últimos deberes. Manco-Capac se retiró á los Andes, y con él concluyó el imperio de los Incas.

Las riquezas no produjeron la prosperidad. La abundancia del oro hizo encarecer los demas objetos. La pasión del juego llegó á empobrecer á aquellos que la víspera nadaban en la opulencia, y la corrupción se desencadenó con desvergüenza sin igual.

No sólo Pizarro había oprimido hasta el exceso á los naturales, sino que también había descontentado á los colonos, y en la partición de los territorios y de los indígenas, los partidarios de Almagro habían sido excluidos; de aquí procedió una grande irritación. Agrupándose, pues, en rededor del hijo de Almagro, se amotinaron, dieron muerte á Pizarro, y se dedicaron á perseguir á sus partidarios, tratando de arrancarles con tormentos las riquezas que pretendían poseer (1541). Desde este momento se envenenaron los odios; los nuevos gobernadores no tenían ni talento ni autoridad, y si les acontecía á veces querer proteger á los indígenas, incurrian en la indignación de los españoles; y Diego Almagro, que se rebeló abiertamente, fué cogido y entregado al suplicio. Así era el cadalso la apoteosis reservada á los conquistadores, que demasiado habían merecido su suerte.

Reconociendo Carlos V la importancia del Perú, decidió que todas las tierras pertenecían á la corona, á la cual debían volver á la muerte de los primeros feudatarios; declaró, además, que á los esclavos se les devolvería la libertad,

y que los demas naturales podrían, á precio de dinero, rescatarse de los trabajos que les estaban encargados. Blas Nuñez de Vela, que llegó al Perú, portador de aquella orden, quiso que fuese ejecutada sin modificación ni retardo; de esta manera se encontraron los nuevos propietarios desposeidos de repente, y varios oficiales fueron hechos prisioneros.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador, que él mismo había conquistado países muy difíciles de someter, se puso entonces á la cabeza de los descontentos que se rebelaron, y se hizo reconocer en calidad de gobernador, después de haber sido muerto en una batalla el virey Nuñez. Se estableció en Lima, ciudad fundada por su hermano para ser la capital del país, y obró allí como rey, aunque se negase á tomar el título. Carvajal le aconsejaba se casase con una hija del sol, reconciliase á los peruanos y españoles y hacerse soberano independiente; pero no sabiendo ser criminal sino á medias, dejó á los españoles el tiempo necesario para tomar la iniciativa. No considerándose Carlos V bastante libre en sus movimientos para anadarle por la fuerza, recurrió á la perfidia. Pedro de la Gasca, sacerdote virtuoso y de raro desinterés, fué encargado por el emperador de llevar la seguridad de un perdón general á todo el que volviese al deber, y hasta conceder el vireinato á Pizarro; satisfecho «hasta con que el diablo lo tuviese, con tal que conservase las minas del Potosí. Si Pizarro se obstinaba, el enviado debía reclamar la ayuda de las colonias.»

Partió, pues, Gasca solo, de bastante edad y sin armas, para restablecer la paz en un país situado á mil doscientas leguas de su patria. ¿Pero cómo conseguirlo? Gonzalo creyó notar en sus procedimientos una aversión particular á él, y le obligó á pensar en los medios de hacerse obedecer por la fuerza. Estalló, pues, la guerra civil. Abandonado Pizarro por los principales oficiales, cayó, en fin, prisionero, y fué condenado á muerte, así como Carvajal. De esta manera es cómo Carlos V recompensaba á sus héroes; como la justicia divina pagaba con la ingratitud política las atrocidades políticas de los primeros conquistadores. Esforzose Gasca en dulcificar la suerte de los peruanos, en la imposibilidad en que estaba de dispensarles in-

mediatamente trabajo. Ocupó á los descontentos en nueve expediciones, en que pudo amortiguarse su ardimiento, y después de haber recompensado con largueza á los que le habían secundado, mandó á Carlos V 1.300.000 pesos, volviéndose después, pobre como antes, á su piadosa oscuridad, de donde fué sacado para ser promovido al obispado de Palencia.

¿Cómo hubiera sido posible mejorar la suerte de un país en que no se cuidaban más que del oro, ó del oro dependían las traiciones y la fidelidad? Por su insensata política, la España excitaba los descontentos, prolongaba las venganzas y facciones; recurría después, para reprimirlas, á un régimen de terror, como si hubiera querido vengar con la sangre de los suyos la de los peruanos. Manco-Capac no había cesado de ser el objeto de un constante afecto por parte de los peruanos, hasta el momento en que fué muerto por un español. Sus dos hijos parecieron peligrosos al virey de Toledo, y urdió una trama para hacer que Sairi-Tupac, su sucesor, se entregase en sus manos. No tardó en morir. Su hermano Amara-Tupac, habiéndose á su vez negado á ir, fué sitiado, cargado de prisiones y decapitado. Con él pereció la última esperanza de los peruanos, que quedaron presa de una partida de avaros extranjeros, y se doblegaron á su yugo, dóciles como eran, hasta el punto de no tener valor ni para quejarse. La ejecución de las órdenes dadas para abolir las reparticiones y la esclavitud se diferió por mucho tiempo; pero, en fin, tuvo por efecto la formación de los ayuntamientos. Sin embargo, era muy difícil á tan gran distancia refrenar en sus excesos la avaricia de los particulares.

Un reino con exceso de población se vió reducido á una de 3.000.000, y obligado á recurrir al trabajo de los negros, lo cual hizo que la industria y la agricultura pudiesen. Los grandes monumentos que acababan de concluirse á la llegada de los conquistadores, se arruinaron; pero los peruanos no olvidaron á los hijos del sol, y de tiempo en tiempo se proclamó un nuevo Inca, como aconteció en 1742. Cuarenta años después, Gabriel Condorcanqui, descendiente de Amara-Tupac, cacique de Tungasuca en el país alto, cuya educación se había hecho en Cuzco por los jesuitas, tomó el nombre de Ama-

ra, y se puso á la cabeza de sus compatriotas, que, oprimidos hasta el exceso, se sublevaron contra los españoles. Pero, dominado por sus pasiones, carecía de la resolución necesaria en un jefe de rebelión. En lugar de conciliarse á los criollos, que odiaban á los españoles, los trató como á enemigos; de todos modos se sostuvo más de un año, rodeado de la multitud de peruanos, cuyos recuerdos había despertado, oponiendo á la disciplina un valor desesperado. Hecho, en fin, prisionero, fué condenado á asistir al suplicio de su mujer é hijos; luego que se le cortó la lengua, fué arrastrado por cuatro caballos. Su casa fué arrasada y toda su familia condenada á muerte ó desterrada. Perdieron los indios los privilegios que les quedaban; se abolió sus fiestas ó reuniones, y se prohibió á todo peruano el tomar en adelante el título de Inca.

Aquella feroz ejecución, que manifestaba que los españoles no habían degenerado de la barbarie de sus padres, hizo la resistencia aún más encarnizada. Centenares de españoles sucumbieron por cada cabeza que había caído en Cuzco. Andrés, primo de Amara, para ganar sin cañones la ciudad de Gorata, hizo caer sobre ella torrentes de las montañas, y de veinte mil ciudadanos que contenía no se libertó más que un sacerdote. Pero ayudando la política y las traiciones á los españoles, se apoderaron de los jefes, apaciguaron á los demas habitantes, y el último vástago de los Incas estuvo prisionero en Ceuta hasta 1820, época en que se proclamó la Constitución.

Sin embargo, las artes y la civilización europea se introducían en aquellas comarcas. Carlos V fundó en 1545 una universidad en Lima, con tres colegios reales, que por momentos contaron doscientos maestros y dos mil discípulos. Otros vegetales fueron á aumentar el número de los que los indígenas cultivaban ya, y útiles animales enriquecieron el suelo que ayudaron á fecundizar.

## CAPITULO VI.

Las Antillas. — Los filibusteros.

Ya hemos visto que en los antiguos mapamundis, la *Antilla* se encontraba indicada en el Océano unas veces como una sola isla y otras